

EN LA ESCUELA DE MARÍA, LA MEJOR EDUCADORA Y MISIONERA DE LA HISTORIA (PONENCIA N° 2)

P. José María Arnaiz Tubilleja (CHILE)

En educación nadie tiene una llave mágica; es como viajar al mundo del otro sin nunca pertenecer a él; es usar lo que pensamos para transformarnos en lo que somos. Por eso son muchos los que buscan calidad para la tarea educativa. Todos, de una manera o de otra, nos empeñamos en conseguir para el esfuerzo de los educadores un presente que tenga futuro. Bien podemos decir que en la reflexión sobre educación “se acabó el recreo” y tenemos que entrar en clase y ponerle seriedad. Ustedes han querido convocar a María a esta conversación que están teniendo estos días sobre esa calidad educativa. Sorprendente. Por lo mismo que más de uno y yo mismo me incluyo entre los que han sentido extrañeza frente al tema de María como educadora y maestra y al mismo tiempo admiración Y se han hecho algunas de las preguntas que yo me hice hace tres meses cuando recibí la invitación para hablar. Que yo sepa María no estudió en ningún centro pedagógico, ni inventó ninguna teoría importante para innovar el sistema educativo de su tiempo; y sin embargo desde ella le llegan a nuestro esfuerzo y empeño educativo preguntas serias y propuestas atinadas y las vamos a formular. Para A. Cury, es “*la mayor educadora de la historia*”.

Si uno mira a María aprende que el buen educador no es el que todo lo controla sino el que libera; no el que señala los errores sino el que los previene; no el que corrige los comportamientos sino el que enseña a reflexionar; no el que se queda en lo exterior sino el que ve lo invisible; no el que cede y desiste fácilmente sino el que estimula constantemente y lleva a comenzar de nuevo. El buen educador abraza cuando otros rechazan; estimula cuando algunos condenan; aplaude a los que nunca subirán al podio y vibra con el empeño de los que están en los últimos lugares y los estimula; no es el que más sabe sino el que tiene conciencia de lo que no sabe y gusto por aprender; no el que evidencia sus aciertos sino el que reconoce sus propias faltas.

I. Presentación de esta reflexión

Son cuatro las preguntas que me hice cuando se me pidió presentar este tema. Ahí les presento un intento de respuesta en esta introducción.

1. De qué se va a hablar

¿Cual es el tema concreto de esta presentación? María, educadora y misionera en un centro educativo. Por supuesto que para bien entrar en el tema hay que afirmar que *Jesús es maestro*; más aún, es el maestro, el gran educador de la humanidad y del que más hemos aprendido los educadores. Enseña y educa como quien sabe y desde lo que es; lo hace a partir de grandes certezas (Jn 13,13-14). Podemos ir más lejos y afirmar que es el único verdadero maestro (Mt 23, 8-10). Un maestro venido de lejos; venido de Dios (Jn 3,2). Enseña sobre el Padre y desde el Padre (Mt 11, 27) y desciende hasta los temas de la calle. Es un maestro con un talante especial:

es “manso y humilde de corazón” (Mt 11,29). Recuerda a su auditorio lo que ya ha oído y le lleva a escuchar lo nuevo: “Han oído que fue dicho... y yo les digo” (Mt 5, 47). Enseña con sencillez, precisión, imaginación y respeto. Fue un maestro que hizo discípulos. *Pidió, a los que le seguían que “aprendieran de Él”, que entraran en su escuela* (Mt 11,29). El discípulo nace siempre del encuentro personal con Jesucristo. Éste es el dato originario y fundamental del evangelio. Fueron muchos los hombres y mujeres que quedaron admirados, le escucharon y le preguntaron; acogieron su enseñanza y se hicieron sus discípulos (Mt 16, 24; Lc 9, 23). Le siguieron. Quiso tener discípulos y quiso que sus seguidores participaran en su función magisterial. Comunicó luz e intentó que sus continuadores llevaran la luz recibida a otros y se convirtieran así en luz para los demás y en la luz del mundo (Mt 5, 14). Se preocupó de tener discípulos y de hacerles capaces de multiplicar su acción magisterial: “Vayan y hagan discípulos a todas las gentes... enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado” (Mt 28, 20).

También María hizo escuela y fue educadora. Fue y es maestra porque es memoria viva de Jesús¹. Su función y tarea de enseñar no le viene del deber de enseñar o de la función oficial de enseñar; su magisterio es carismático y su carisma consiste en comunicar y transmitir con tono y tino femenino y maternal. Es educadora porque es discípula y madre. Pero realmente enseña y ejerce un verdadero magisterio espiritual con muchas personas. María tiene un lugar privilegiado en la vida de la Iglesia que enseña y educa y en la existencia de muchos cristianos que tienen que ejercer esa misión.

Pero para ello, *primero fue discípula.* El Papa Pablo VI en su célebre alocución con la que clausuró la III sesión del Concilio Vaticano II (21 de noviembre de 1964), afirmó que María "a lo largo de su vida terrenal ha realizado la perfecta dimensión del discípulo de Cristo, y en la exhortación *Marialis cultus* (2 de febrero de 1974) presentó a María como "la primera y más perfecta discípula de Cristo". Juan Pablo II en numerosas ocasiones llama a María discípula².

El llamado o la llamada a educar al niño Jesús, la persona que cambiaría la historia de la humanidad, no fue elegido entre los escribas o los especialistas de la filosofía griega del momento sino que fue una mujer por nombre María y así esa mujer se convirtió en la mujer más famosa de la historia a pesar de que para algunos sigue siendo una de las más desconocidas. ¿Qué tenía de especial esa mujer? Bien puedo concluir, que los principios utilizados por ella, como veremos más adelante, pueden *iluminar la tarea de la educación moderna.*

2. A quién se va hablar

Esta reflexión dirigida a educadores del Perú que se profesan maestros y hacen escuela en su vida y de su vida. Educadores que están reunidos estos días para profundizar su pensamiento sobre la calidad educativa y misionera en la escuela católica. Son hombres y mujeres que les toca dedicar muchas horas de su jornada a enseñar o a enseñar a enseñar, a transmitir pensamiento, sentimientos, motivación, a desarrollar actitudes de vida e iniciar en las acciones que llevan a crecer a los demás y a vivir felices. Para ustedes es importante acertar a *decir con claridad lo que creen, creer lo que viven y vivir lo que anuncian.* Esta tarea es propia del que pasa muchas horas en una escuela, un colegio o una universidad; pero no es exclusiva de ellos. Nacer es entrar en la

¹ “Tú eres memoria de la Iglesia. La Iglesia aprende de ti, Madre, ya que ser madre quiere decir ser memoria viva, quiere decir “guardar y meditar en el corazón los acontecimientos de los hombres y de los pueblos; las que son alegres y las que son tristes... Debemos aprender cada vez más de ti, María, a ser Iglesia en este fin de siglo” (Juan Pablo II, 1 enero 1987)

² María primero fue discípula. El Papa Pablo VI quien, en su célebre alocución con la que clausuró la III sesión del Concilio Vaticano II (21 de noviembre de 1964), afirmó que María "a lo largo de su vida terrenal ha realizado la perfecta dimensión del discípulo de Cristo, y en la exhortación *Marialis cultus* (2 de febrero de 1974) presentó a María como "la primera y más perfecta discípula de Cristo". Juan Pablo II en numerosas ocasiones llama a María discípula.

escuela de la vida y en esa escuela todos debemos ser maestros y discípulos. En ustedes he pensado cuando he comenzado a ordenar estas reflexiones sobre María. María es compañía y luz para los que buscan la verdad y los que tienen que transmitirla; ella ha llegado a la cumbre pero después de haber hecho el camino de llanura. Por eso puede enseñar y *estar a lado de los que enseñan y de los que aprenden*. María es la “educadora de la fe” (LG 63) y con razón se la ha llamado “la pedagoga del Evangelio”³.

3. Quien va a hablar

Esta reflexión nace, precisamente, de la experiencia personal de *un marianista*. María me ha enseñado mucho de Dios, de Jesús, de la persona humana, de la vida. *De ella he aprendido que el evangelio está hecho a la medida de lo más auténticamente humano. A veces la he pedido luz y la he suplicado que me enseñase; que me hablase*. Y lo ha hecho. Ella ha sido para mí inspiración y encuentro; símbolo y realidad. Le he pedido iluminación y consejo. Ella me ha educado en el bien, la fecundidad, la alegría, el silencio, el servicio, la gratuidad, el perdón, el debido temor de Dios (Sal 33,12) y el amor. De ella he tratado de copiar su talante de sencilla transmisora de la verdad. Por eso mismo desde hace tiempo tenía ganas de ordenar mis ideas y llegar a decirme y decir lo que significa que María sea madre y maestra de mi vida toda⁴. Reconozco que *he hecho la escuela de María*; he tomado lección de ella; que su presencia, sus mensajes y su acción femenina, materna y de llena de gracia me ha educado.

Como Marianista, de ella he aprendido el modo de seguir fielmente a Jesús. María me hizo entender lo que significa la exaltación y la alegría de los humildes y, por contraste, la prepotencia de los poderosos. Me ha ayudado a comprender los salmos y tomar conciencia de la novedad de Jesús y de su mensaje. Son muchas las veces que *la he invocado como maestra y como “sede de sabiduría”*; maestra de fortaleza, contemplación, servicio, audacia, de fidelidad. Más de una vez he podido confesar que María me ha hecho cristiano y marianista. Ambas realidades son una experiencia carismática antes que un conjunto de ideas; y en estas experiencias inicia bien María ya que ella es el componente interior, primordial y configurante de las mismas. Cuando evoco el proceso de mi formación en la fe o en el carisma marianista me gusta verlo *como un parto que siempre se reitera y en él María es la partera*. Su presencia y su acción es de una madre y formadora. Ella me ha llevado y continúa llevándome a una fe que asume riesgos, a una docilidad callada al Espíritu y a una delicadeza humana abierta a toda necesidad. En el fondo ella me ha mostrado que tanto a ella como a Jesús no se trata tanto de contemplarlos y admirarlos y seguirlos y poner por obra su proyecto.

4. Cómo voy a presentar esta reflexión

María enseña; y tiene su estilo y su modo de hacerlo. El tema se podría prestar a especulación y entretenerse en la justificación teórica de esta misión de María; pero al abordarlo no nos quedaremos en la especulación. Incluiremos la vertiente pastoral, claramente apuntada en el Vaticano II y en Aparecida. Supondrá, también, la dimensión de espiritualidad. Procuraremos que no haya fractura entre la teología mariana y la espiritualidad. Este argumento se podría prestar, también, a la suposición y elucubración mental. María no necesita de nuestras imaginaciones. Es preferible situarnos *lo más posible dentro de lo histórico, lo vivencial y lo que es fruto de la experiencia* y por tanto evitar la suposición y caminar por las exigencias de la autenticidad. La articulación de este tema será ternaria; quiere responder a tres instancias que son tanto justas como lógicas:

³ “Mientras peregrinamos, María será la Madre educadora de la fe (LG 63). Cuida de que el evangelio nos penetre y conforme nuestra vida diaria y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio en América Latina” Puebla 290

⁴ Cfr Misa de María Virgen, Madre y maestra espiritual, Ed litúrgica conjunta, misa 32; María Virgen, Madre del buen Consejo, misa 33

- **Reflexión teológica.** Hablaremos de la acción educativa de María, sólo teniendo en cuenta su misión específica en la historia de la salvación. Interesa clarificar qué enseña y por qué enseña María y cómo se distingue esta acción educativa de María de la nuestra. Veremos que María enseña porque es madre y es maestra.

- **Reflexión espiritual.** A todos nos toca ser educadores y *vivir esta experiencia como parte de nuestra fe*. María también la vivió. Asumió esta dimensión de nuestra fe, la ahondó y enriqueció. Son muchos los que ejercen de maestros y les gustaría tener el talante de María. Quienes enseñan les toca hacerlo como María y ahondar en su misma experiencia. Se trata de vivir la tarea de enseñar como respuesta a una vocación. Y desde luego no podemos olvidar que *para ser maestro y educador no hace falta tener cátedra; sí es indispensable haber sido discípulo*; y es conveniente vivir en compañía de los otros compartiendo lo que se siente y se piensa, lo que se espera y se busca, *lo que se enseña y se aprende*.

- **Reflexión pastoral.** *¿Cómo educar como ella?* De María se aprende a proceder como un buen maestro y una buena educadora y a hacer de los discípulos maestros. *¿Cómo entrar en el corazón materno de María y dar con el impulso vigoroso de su acción educativa multiplicadora?* Entre los maestros que nos pueden estimular a ser buenos educadores está María y de ella aprendemos a transmitir e iniciar en la fidelidad, la fecundidad y la felicidad. Por su acción nos toca a hacer sentir el magisterio materno de María a muchas de las personas que nos rodean y asumir un magisterio que nos lleve a multiplicar los buenos maestros.

II. Reflexión teológica: María, educadora y maestra por ser madre

Marcos registra lúcidamente la dureza y el despecho con que los conciudadanos de Jesús rechazaban su predicación y su persona; y ello se debía a la condición humilde de su madre: "¿No es acaso el carpintero, *el hijo de María*?" (Mc. 3). Pese a la hostilidad del tono, no cabía esperar un testimonio más expresivo en favor del magisterio ejercido por la Madre de Jesús. Estos compatriotas de Jesús habían comprendido bien que tenía que darse una correlación entre la enseñanza de María y la de Jesús. Para ellos, Jesús era poco o era mal maestro porque era hijo de María que no tenía ningún relieve. *Para nosotros Jesús es buen maestro y trae buena doctrina por ser quién es su madre*. Por tanto, el mismo argumento que usaban los habitantes de Nazaret para rechazar a Jesús y a María nos sirve para valorar la acción educativa de María y por supuesto la de Jesús. María fue buena maestra porque tuvo como discípulo a Jesús, su hijo. Jesús fue buen maestro porque tuvo como discípula a María, su madre.

Maternidad, enseñanza y magisterio, como vamos a repetir en esta presentación, van unidos. No podían los Nazaretanos escamotear los hechos. *Jesús era un buen maestro*. Traía novedad, claridad; "nadie había hablado como Él antes". Pero no lo querían aceptar; hallaban en Él algo incomprensible. Había en el comportamiento de Cristo un enigma que, a su juicio, justificaba el rechazo de su mensaje y de su persona y ello por principio. Su madre, y por tanto su maestra, era la simple María. No es difícil rastrear el principio que está detrás. Estimaban indispensable, en efecto, que hubiera *proporción entre el educador y el educado*. En el caso en cuestión, la responsabilidad de la educación de Cristo había de ponerse a cuenta de su madre, probablemente viuda. Y es aquí donde advertían la estridencia de los hechos: en el desnivel insondable entre la calidad extraordinaria de Cristo que ya había comenzado a ser y actuar como traumaturgo y la humildad evidente de su linaje. No podían aceptar que tal astilla hubiera salido de tal palo. De ahí su rechazo como realidad anómala. Al margen de la polémica, que impide a los

fariseos la visión limpia de la realidad, queda bien claro que, en el sentir de los coetáneos, *María es Madre de Cristo; y por ello mismo, es a Ella a quien ha de atribuirse su educación*; lo concibió en el vientre y tenía que concebirlo en la mente. Si María es verdadera Madre de Cristo y Cristo es, a su vez, hombre perfecto, no existe motivo consistente que autorice a regatear a María el derecho y el deber de todos los primogénitos en la formación de sus hijos.

1. **María, madre**

María es verdadera madre⁵. Y lo es en forma incomparable tanto por el alcance del término como por su intensidad; es madre y lo es plenamente. Es verdad que no es tema nuevo pero es bueno dedicar unos párrafos para evocar esta realidad. Ahora *la presencia y la acción educativa de las madres en la educación es reducida en calidad y en cantidad de tiempo*. Tienen poco peso. Faltan madres en los procesos educativos y en éstos falta la calidad y el elemento maternal. En un estupendo estudio sobre educación realizado en Chile por la Universidad Católica se concluye lo importante que ha sido la presencia y acción de las madres para conseguir estudiantes talentosos. A veces esta tarea ha ido quedando en manos de los abuelos, las nanas o familiares diversos. En esos casos los resultados en educación no son tan buenos.

- **María es, en efecto, toda madre**

Por eso es bueno transmitir todo el calor maternal y el corazón y la exigencia maternal. Es fácil que un niño y un joven descubran a María como madre; es un hecho meridiano para los niños⁶. Esta intuición sencilla de creyente comporta un asumir plenamente este hecho. *A mi me cuesta ver a María sin Jesús, es decir, sin el Hijo. María es mujer y una mujer madre*. Por ello su presencia crea un ambiente familiar, fraterno, marcado por la voluntad de acogida, de perdón y por el amor y el respeto a la vida, la fecundidad y la fidelidad. Por ello María suscita en nosotros las plegarias de la ternura, la misericordia, la esperanza y la confianza. María invita a engendrar y hacerlo desde dentro. "Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan" (LG 62). Además esta gran realidad está en perfecta consonancia con el mejor teólogo de los evangelistas. Juan, pese al conocimiento excepcional que consiguió de María por haberla tenido en su casa, no aplica jamás a ella el nombre de María. Y eso que lo utiliza con frecuencia a lo largo de su evangelio. ¿Motivo? Probablemente quiere reservar a la Virgen su nombre propio, específico: "*Madre de Jesús*". En Caná de Galilea, nos dice, estaban los Doce y con ella la "Madre de Jesús" (Jo. 2,1); en el Gólgota, al pie de la cruz, había varios personajes, pero la primera, y en pie, estaba la "Madre de Jesús" (Jo. 19,25).

Por ser madre, María crea *comunidad y educa en un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida al otro, especialmente si es pobre y necesitado*. En nuestras comunidades educativas, su *fuerte presencia ha enriquecido y seguirá enriqueciendo la dimensión materna de la Iglesia*. Su actitud *acogedora, que la convierte en "casa y escuela de comunión"* y en espacio de *espiritualidad de comunión, prepara para la misión* (DA 272).

⁵ Nuestros pueblos también encuentran la ternura y el amor de Dios en el rostro de María. En ella ven reflejado el mensaje esencial del Evangelio. Nuestra Madre querida, desde el santuario de Guadalupe, hace sentir a sus hijos más pequeños que ellos están en el cuenco de su manto. Ahora, desde Aparecida, los invita a echar las redes en el mundo, para sacar del anonimato a los que están sumergidos en el olvido y acercarlos a la luz de la fe. Ella, reuniendo a los hijos, integra nuestros pueblos en torno a Jesucristo (DA 265).

⁶ Una muchachita de once años obtuvo el premio en un concurso entre diversas escuelas. A la pregunta en torno a la figura de María que sea más significativa, acogedora y bella, dio una respuesta encantadora nacida de su corazón sencillo y limpio: "Para mí, todos los títulos de María me parecen preciosos, todas sus estatuas me gustan, todos sus cuadros me encantan... pero a condición de que la Virgen lleve en sus brazos al niño Jesús." La niña exigía tan sólo una cosa: que a María se la viera siempre Madre.

Respalda semejante actitud la teología más depurada. En los designios del Padre, decidida la redención de los hombres por vía de encarnación, era necesaria la figura de una madre, que permitiera al Verbo encarnarse y asumir carne humana. En torno a ese núcleo materno fundamental, cristalizan todos los demás componentes. Esa madre deberá ser ante todo una niña, inserta en determinada familia, con una historia personal, un rostro propio de madre, unos rasgos fisonómicos individuantes de tal. Pero todo ese conjunto de cualidades girarían siempre en torno a su vocación materna. Esta presentación trae una serie de consecuencias a todas luces llamativas. Tratándose de María, *todo en ella es maternal*: si nos ama es por ser madre; si intercede por nosotros lo hace en virtud de su función maternal. María es un corazón maternal y tiene unas manos maternas, unos gestos maternos. María, en consecuencia, es toda madre. (DA 268). *Sin María el cristianismo se expone imperceptiblemente a volverse inhumano*. La Iglesia se vuelve funcionalista, sin alma, una empresa en continuo movimiento, sin descanso, y los efficientistas la dejan irreconocible. Y dado que en este mundo masculino todo lo que tenemos es una ideología que suplanta a otra, todo resulta polémico, crítico, amargo, exento de humor y, sobre todo, pesado, y la gente y las masas huyen de tal Iglesia. María de Nazaret, desde su aparición en la historia, se presenta como persona "en comunión", según la triple dimensión relacional teológica, humana y cosmológica. El contraste que Ella evidencia en relación con la historia dolorosa de la humanidad se traduce en una cultura dominante empapada de individualismo, culto de sí mismo, búsqueda exasperada de felicidad, que agudiza los síntomas de una sociedad fragmentada y sin vínculos, es dramático. La sociedad global, enfatizando el yo y su autorrealización, no favorece el amor: propone más bien un modelo consumista, donde el otro, el tú, interesa solo como transacción de negocio. En la mejor de las hipótesis, los demás son evaluados como compañeros de aventura en la actividad del consumo esencialmente solitario, socios en los goces del consumo, cuya presencia y activa participación puede sólo contribuir a acrecentar tales placeres. En este "mundo líquido" la solidaridad humana es la primera víctima del triunfo del mercado del consumo y el ansia engendradora por el miedo que vuelve a levantar muros de división entre los individuos, los grupos, los pueblos. Es la muerte de la comunidad humana que, por el contrario, se construye sobre la reciprocidad, el amor y el servicio a partir del más débil.

- Y es Madre de todos

¡Qué bien nos viene la figura de María cuando hablamos de una educación inclusiva y de una integración social! Tema delicado sobre todo cuando estamos en países y contextos *con fuerte tendencia a la exclusión social*. Es bueno recordar que María, es Madre de Jesús pero su maternidad no se ciñe a la generación temporal del Verbo es también Madre del cuerpo, porque cuerpo y cabeza constituyen la unidad del mismo Cristo. Siguiendo con la metáfora hay que afirmar que al dar a luz corporalmente la cabeza, que es Cristo, María alumbraba espiritualmente a todos los miembros, que son los cristianos. María es la auténtica Eva, la "madre de los vivientes"; tiene un corazón amplio y a ella se le confía el destino de todos los pueblos. Pero con una calidad de "vida" y una plenitud todavía inimaginable en el arranque.

2. María, Maestra

Hay urgencia en nuestra sociedad de personas que quieren simplemente aprender y para ello buscan los buenos maestros. María es Madre y Maestra de Cristo; María es Madre y Maestra de todos los cristianos. Es muy importante saber leer esta doble realidad de una manera integral. *Es verdad que no se encuentran rastros del título de María maestra en el Nuevo Testamento. Más bien hay que señalar que es profundo el silencio de María en los Evangelios*. Pero es lógico que así fuera. Si el evangelio de Cristo comienza con su ingreso en la vida pública, es claro que todo lo anterior, su infancia, adolescencia y juventud ha de considerarse como etapa previa, como

realidad "pre-evangélica". Ahora bien, es precisamente en este período donde se inscribe, con intensidad decreciente, la tarea educativa de las madres. La actividad pedagógica de María es, pues, un capítulo que daban por supuesto los evangelistas.

El evangelio nos recuerda que Cristo "crecía" (Lc. 1,40; 1,52), que "estuvo sujeto a sus padres" (Lc. 1,50) y que "aprendió" (Hebreos 5,58). En una palabra, que fue enseñado. En el fondo, resulta inevitable toda una serie de consecuencias problemáticas ajenas a la estructura misteriosa de un Dios-Hombre. Si aceptamos sin pestañear el "enseñaste al que te hizo" ¿por qué rasgarse las vestiduras ante un análogo "enseñaste al que te enseñó"? No entendemos bien cómo se dio; ni históricamente sabemos mucho sobre el hecho, pero se dio. Como tampoco entendemos que María engendre a su Creador. No lo entendió María y sin embargo, aceptó la realidad del misterio. No se dispensa de sus deberes de educadora y de madre. Lo que hace es afinar su función para que resulte delicada y exquisitamente religiosa.

A ejemplo de María por ahí debiéramos encauzar nuestra propia meditación. Hemos de aprender a contemplar el misterio en silencio como Ella. Y no arriesgar conjeturas aventuradas, ni intentar suplir los silencios de los evangelistas. La meditación del misterio no autoriza nunca a simplificar los datos. Hay que recogerlos todos y sin recortes. La barrera insuperable que hallamos en la comprensión del misterio de María es indicio fehaciente de que el problema está bien planteado. Apunta, en efecto, hacia el corazón mismo del misterio; hacia ese Dios que es la Sabiduría del Padre; pero, también, hacia ese Verbo de Dios que, al hacerse Hombre, sintió necesidad de una madre y de una educadora, que fue María.

Entonces y ahora María ejerce su "magisterio" no por sus conocimientos sobre Dios y ni por sus enseñanzas magistrales sobre Dios. Lo que de María se aprende es, sobre todo, su fe en Dios, su talante, su modo de proceder. De Ella nos llega más sabiduría que ciencia; más experiencia que teoría. En el fondo, lo que más nos llega es lo que más se busca ahora, en nuestro contexto cultural, es decir, el testimonio de vida. Es el tema en que vamos a entrar en el apartado siguiente.

El Concilio Vaticano II quiso recordarnos que la misión pedagógica de María es hoy tan necesaria y tan fructuosa como lo fuera en los orígenes de la Iglesia. Pablo VI, a su vez, nos invita a sacar las consecuencias que se derivan de ese hecho tan consolador: *María es una Madre que nos amaestra en la vida cristiana, y es una Maestra que prodiga con los discípulos sus caricias maternas. La liturgia nos recuerda que en la escuela de María descubrimos el verdadero modelo de la vida evangélica*⁷.

El "magisterio" materno de María con los hombres y mujeres es un hecho. Cabe, con todo, preguntar: ¿es algo realmente vivido por nosotros? ¿se tiene conciencia plena de lo que realmente representa María en nuestra formación cristiana? ¿cómo identificar con exactitud los perfiles de la pedagogía de María? Eso es lo que nos va a ocupar en el apartado siguiente.

III. Reflexión espiritual: Lo que hemos aprendido y podemos aprender de María; lo que nos ha enseñado

⁷ "En su escuela descubrimos el modelo de la vida evangélica; aprendemos a amar por encima de todo y con su corazón y a contemplar con su espíritu el Verbo hecho hombre para servirlo con su misma solicitud en nuestros hermanos" (Prefacio misas de María, misa María Madre y Maestra de la vida espiritual)

María fue y es maestra por ser madre; toda su tarea educativa está impregnada de maternidad. Así lo experimenta el creyente cuando reaviva su fe en este aspecto de María; *cuando hace la experiencia de ser enseñado por Ella*; es enseñado por una mujer que es maestra y que es madre, que es discípula y creyente. Esta enseñanza está marcada de reflexión y de transmisión de verdad. María “repensó” todo lo que se refería a su Hijo y lo transmitió a las primeras comunidades y nos lo transmite. *Nos llega con un vigor y una frescura especial*. Bien podemos afirmar que nadie ha conocido a Jesús mejor que María. María ha sido iniciada mejor que ningún otro en los secretos del corazón de Jesús y en sus proyectos e inició e inicia en la vida, el misterio y el seguimiento de Jesús.

En esa reflexión partimos del análisis de *la calidad materna y educativa de la acción de María en nuestras vidas*. Esta acción educativa de María debe inspirar la nuestra. María es discípula de Jesús y es maestra de Jesús; María enseñó y transmitió vida y verdad y mostró caminos para llegar a plenitud. Basta contemplarla. ¡Qué maravillosa educadora puede ser para nosotros María si acertamos a contemplarla con una mirada serena, prolongada, atenta, profunda; una mirada que penetra hasta el corazón. Pidámosla que nos acoja en su intimidad y que nos introduzca en el misterio de su Hijo. Y nosotros seguimos procediendo así. Nos toca mirar a María como la que aprende y la que enseña. *En la escuela de María se hace uno buen maestro y sigue siendo discípulo. Nuestra experiencia conjunta de aprender y de enseñar recibe inspiración de María*. La vivimos con Ella y como Ella.

Un educador lo es tanto más completo cuanto más y mejor es discípulo; cuando sabe estar en la escuela y en ella aprende y de manera ininterrumpida. María nos pide cerrar el círculo: *aprender para enseñar y enseñar para aprender*.

1. "Aprender": venir a mi escuela (Mt. 11,29)

No ha de entenderse el "aprender" de Cristo, registrado en el evangelio de Mateo, como una simple invitación. Es un precepto. Se trata de un imperativo de alcance universal que no admite excepción. Todos han de inscribirse en la Escuela de Cristo. Es un imperativo cuya intensidad plena se aprecia respetando cuidadosamente el valor originario del término. Va mucho más allá de su acepción actual. En tiempos de Cristo, aceptar el discipulado significaba someterse por completo al ritmo de vida del maestro y *no dar por buena la formación hasta llegar a pensar como pensaba el maestro, hablar como hablaba el maestro y obrar como obraba el maestro*. En la escuela de Jesús se aprende fidelidad a las exigencias pedagógicas del Antiguo Testamento y apertura a nuevos horizontes.

El evangelista hace referencia, además, a dos rasgos del temple pedagógico de Jesús: *su mansedumbre y su humildad*. Por supuesto que cabe una doble lectura del texto. La primera en clave programática. Cristo alude a la materia de enseñanza que piensa impartir en su escuela. Hay que ir a ella para aprender; no ya a crear mundos nuevos o a dar la vista a los ciegos y vida a los muertos, sino a ser mansos y humildes de corazón como el Maestro. Cabe, también, interpretar el inciso en registro propagandístico. Cristo invitaría a preferir su escuela apoyado en las cualidades de su persona de educador.

También María frecuentó la escuela de Cristo, porque también a ella le alcanzaba el imperativo del Maestro. Los apóstoles gozaron de un trienio intenso de formación. María disfrutó de un tiempo más largo y más intenso. *Los años de Nazaret fueron el tiempo de la posesión tranquila de la contemplación dichosa de su hijo realizada en un silencio elocuente que desembocaba en un diálogo; no era un silencio taciturno*. Podemos suponer, por lo demás, que fue una fiel discípula.

Así se deduce por los resultados: fue humilde en forma ejemplar, como "sierva del Señor", y amable como saben serlo las madres, con la ventaja, en su caso, de su maternidad integral. María vivió un determinado contexto humano, cultural y religioso que se interponía entre ella y la novedad que traía Jesús. Y en esa realidad tuvo que aprender a situarse y lo supo hacer con mansedumbre y humildad. *Desde entonces ser cristiano no es más que un gesto de humildad profunda al servicio del amor.*

Los evangelios nos dan pie para suponer una cierta presencia de María como *discípula también en la predicación de Jesús*. En el tiempo de la predicación mesiánica María siguió los acontecimientos y los mensajes que Jesús daba. Escucha la palabra de Jesús y quiere ponerla en práctica. María se somete al Hijo y lo sigue a su modo al estar en contacto con el grupo de las mujeres y de los discípulos. Al menos eso podemos suponer. La realidad de María, por otra parte, nos confirma de que el seguimiento físico de Cristo, que en los comienzos tuvo mucha importancia para definir la figura y la realidad del "discipulado", sin embargo, no constituye la esencia de éste mismo. Por eso ya San Agustín presentó a María como "discípula del Señor"; retomó esta expresión con especial fuerza Pablo VI en la clausura de la III Sesión del Conc. Vaticano II (MC 35).

El perfil espiritual de María trazado por Lucas presenta a María *como una mujer reflexiva, que asimila lo nuevo, que medita en el silencio de su corazón* (Lc 2, 19 y 51) después de haber elevado a Dios un verdadero cántico de alabanza (Lc 1, 46-55). Es muy sugestivo este talante de María "una mujer con un corazón que hace memoria y que es sabio". Esta María que es enseñada entra en contemplación y es capaz de transformar la historia en profecía. *María es un fruto de la experiencia y de la teología del recuerdo*. Admira y adora a un Dios que se ha recordado de su misericordia; misericordia de la que ha hecho experiencia el pueblo de Israel y que como un río llega al mundo y sigue su curso de generación en generación. María se prepara para hacer escuela en el silencio y en el aprender de cada día. Por una parte conserva el recuerdo pero no de una manera estática. De hecho profundiza en la comprensión y el entendimiento de los hechos confrontándolos (Lc 2, 19). La fe dinámica de María tiene etapas y pasos diversos: *recuerda para profundizar, profundiza para actualizar y actualiza para llegar a interpretar*.

Está claro que en los procesos de enseñanza y de educación hay que dar una gran importancia al aprender, al acercarse a los buenos maestros, al escuchar antes de hablar, al procesar y sobre todo en el corazón, lo que se oye, se recibe y se vive. Así se deduce de la propuesta de Jesús. Hay que entrar en la escuela antes de ser maestros y ser buenos discípulos. El que no acierta a ser un buen discípulo no llegará a ser un buen maestro. En toda experiencia espiritual cuenta mucho el discipulado. El de María fue largo. Se extendió al menos a los años de Nazaret. Ahí podemos suponer que la relación de Jesús y de María se alterna; a ratos es de maestra y a ratos de discípula. Jesús enseña y abre nuevos horizontes. *María enseña y entrega experiencia. Jesús escucha y recibe la experiencia de vida de María y de José. María escucha y aprende la buena noticia, el padre nuestro, las bienaventuranzas... Pero no es sólo Jesús quien le enseña; también le enseñan los pastores y los magos. Ellos le dan nuevas informaciones sobre lo que va a ocurrir con ese Hijo que acaba de nacer. Recibe también nuevas luces de Simón y de Ana. María va aprendiendo y guardando en su corazón* (Lc 2, 19,51). A los acontecimientos de su vida les da un sentido y les encuentra razón de ser⁸. *María va asimilando sapiencialmente lo que va viviendo. María estuvo atenta, aprendió, escuchó, miró, guardó... se hizo discípula.*

⁸ "La tradición eclesial retiene que la Virgen, gracias a un largo trato de vida, asimiló progresiva y profundamente la enseñanza de su Hijo-sus palabras, sus gestos inesperados...- los valores y el estilo del Reino. Los asimiló de una manera sapiencial y existencial: custodiando y confrontando

2. Enseñar (Mt. 28,19) María enseñó a Jesús. No hay duda que ejerció una función de maestra y de educadora en relación con Jesús. Con San José trató de transmitirle valores de la cultura hebrea, los conocimientos de la sociedad de su tiempo, la espiritualidad de los pobres de Yahvé en la que María sobresalía. *Enseñó, también, a las comunidades cristianas.* María pudo ser una rica fuente de información para las comunidades primeras sobre la infancia de Jesús. Todo esto ha llevado a hablar de la “escuela de la Madre”; escuela en la que también los apóstoles y discípulos atentos a la enseñanza de María iban conociendo cada vez más sobre Jesús. Escuela en la que seguimos formándonos muchos en este final de milenio.

¿Estaba María capacitada para ejercer la enseñanza de la fe? El "enseñen" choca, incluso, con el veto de Cristo que proscribía el ser maestros. Y, sin embargo, el evangelio de Mateo señala expresamente el imperativo de Cristo, "enseñen", formulado en el momento solemne de su despedida de este mundo. El "enseñen" de Cristo ha de interpretarse en ese mismo registro. Cristo llama a eso el prestarle los brazos para hacer sensibles sus caricias; el poner a su disposición los pies y trasladarse visiblemente a donde se nos necesita; el dejar que se sirva de nuestra lengua para hacer audible su enseñanza.

En María “todo está referido a Cristo y todo depende de Él” (MC 25). Toda su existencia fue una plena comunión con Jesús y su enseñanza también. Con Él anudó una historia de amor íntima y santa, única y fuerte que culmina en la gloria. María fue “algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante” (MC 37). Fue y es una cooperadora activa de la obra total de Cristo. María, asociada a Cristo, desarrolla todas sus capacidades y responsabilidades humanas y ello de una manera muy personalizada. A todo, su enseñanza incluída, le dió el tono materno, sapiencial, inspiracional, sencillo y humilde.

Nos consuela saber que María es nuestra madre y que, por serlo, es también nuestra maestra. *Su magisterio no es sino una manifestación, en clave materna y femenina del magisterio de Cristo.* No entra, por tanto, en colisión con el magisterio auténtico. Ni se difumina tampoco en el anonimato de los simples fieles. Así lo vivió y así lo vive María. María continúa este magisterio desde el cielo y con su enseñanza busca, sobre todo, alcanzar una meta: que los hombres y mujeres estén cerca de Jesús, que le sigan y que le anuncien⁹. Esta enseñanza de María a través de los siglos es la experiencia de muchos creyentes. Por Ella ha llegado luz e inspiración. Ha ofrecido una amplia visión y la palabra justa para el hombre de hoy; ilumina al que se encuentra entre la angustia y la esperanza, orienta al que está marcado por las propias limitaciones y vive con el corazón dividido y tensionado por realidades fuertes como la muerte, la angustia, el sufrimiento... (MC 57).

3. “Aprender” y “Enseñar”

Los dos imperativos conservan todo su peso específico al recaer, a la vez, sobre los mismos destinatarios y por venir de quien vienen. Son preceptos universales y rotundos, que reclaman reacciones simultáneas y consistentes. Los dos cayeron sobre María. Al mezclarlos adquirió una experiencia única y rica. Pueden traer una serie de consecuencias curiosas de alcance difícilmente previsible. *El “aprender” y el “enseñar” son simultáneos, no sucesivos.* Hay que ser, al mismo tiempo, discípulos de Cristo y maestros con Cristo. Cabe aplicar al magisterio lo que San

en el corazón profecías antiguas y palabras oídas por ella misma, sucesos extraordinarios y hechos cotidianos de la vida” Siervos de María, Siervos del Magnificat, Ed. Claretiana, Madrid, 97, p 71

⁹ “Así como, en efecto, las enseñanzas de los padres adquieren eficacia mucho más grande si están convalidadas por el ejemplo de una vida conforme a las normas de la prudencia humana y cristiana, así la suavidad y el encanto que emanan de las excelsas virtudes de la Inmaculada Madre de Dios atraen de una manera irresistible los ánimos a la imitación del divino modelo, Jesucristo” Pablo VI, Signum magnum, idem I, 3

Agustín afirma en otro terreno: "Para ustedes -decía- soy obispo; con ustedes, un simple cristiano". Todos y cada uno de los creyentes deberían poder decir con sinceridad y verdad: "Para ustedes soy maestro; con ustedes discípulo, compañero de estudios en la escuela del único Maestro, Cristo Señor".

María fue discípula. La verdad del discípulo que María muestra con su personal experiencia es la de la *pertenencia, la del vínculo, la de la libertad donada y relacional* que no penaliza la criatura sino que la eleva a su más alta belleza. Aquí el discurso antropológico se proyecta en una pedagogía de la fe extremadamente relevante en tiempos de cambio epocal y nos recuerda que el discipulado no es una teoría, ni una serie de reglas por cumplir o de nociones por aprender, sino un camino educativo hacia el verdadero ser, hacia la verdad de sí mismo provocada por la fascinación que Cristo ejerce sobre el corazón del hombre. Aparecida habla de *aspiraciones profundas despertadas por el encuentro con Cristo*, atracción, asombro (Cf. DA 244) suscitadas por una presencia, de la misma forma que el yo se despierta por el atractivo de la realidad. En efecto, nos sorprendemos interesados cuando aparece ante nosotros algo que nos fascina y atrae sacándonos de nuestra apatía y poniendo en movimiento de razón y libertad.

La segunda consecuencia sería la siguiente. *No hay que entender esa simultaneidad a la manera de una simple yuxtaposición de funciones. Las dos fases, activa y pasiva, de la educación, se entrelazan orgánicamente.* Y en tal forma, que es posible adivinar una interacción fuerte entre ellas. La perfección del magisterio evangélico está en función del esmero con que se llenan los deberes del discipulado. *El mejor maestro será el discípulo más aventajado;* el que más y mejor aprende. Y ello no va por el hecho de que la asimilación de las nociones en los bancos de la escuela capacita para el mejor ejercicio del magisterio en tiempo ulterior, sino porque el acto mismo de la asimilación constituye ya una lección. Dicho en otros términos: la aceptación del evangelio es ya en sí misma anuncio de la palabra de Dios. La cosa es meridiana en el caso de los evangelistas: lo que para ellos fue una profesión de fe en la persona de Cristo, es para nosotros evangelio, palabra de Dios. *En la escuela de Cristo: creer es evangelizar.* A su vez todo buen discípulo no solo aprende sino también enseña. Se ponen en evidencia las limitaciones en el aprendizaje de los alumnos cuando no se les deje manifestar lo que saben.

Esta estructura y esta dinámica es valedera asimismo en el caso de María. Fue alumna y maestra. No separó las dos funciones. En ella convergían en unidad los dos imperativos "aprendan" y "enseñen". Aprendió y enseñó. Reflexionó para vivir y para compartir ¹⁰. *Así se resumen su existencia histórica y su participación en la historia de la salvación. Nos recuerda que hay que seguir aprendiendo y nos da testimonio de ello y nos estimula. Nos enseña. Aprendemos de María.* Más de una vez hemos experimentado que es "sede de sabiduría" y que de ella nos llega inspiración, intuición, luz, iluminación y claridad. En virtud de su docilidad exquisita no fueron dos los actos de obediencia, sino uno solo: su vida misma hecha respuesta. Así, el "aprendizaje" de María, a todas luces excepcional, fue ya una "enseñanza" ejemplar para todos sus hijos.

Son diez los principios que orientaron a María, consciente o inconscientemente, en la tarea de educar a su hijo Jesús y que nos pasa a nosotros para educar en el S. XXI y para educar en la fe. Esta lista está elaborada por el Siquiatra y famoso escritor brasileño, Augusto Curry y fruto del

¹⁰ "Si alguno me preguntara qué nuevo atributo o título desearía que se le atribuyera a María respondería enseguida: La Virgen que reflexiona, Virgen que ha reflexionado sobre la historia, Virgen del pensamiento... La Virgen después de haber reflexionado constantemente ha concentrado en sí la reflexión larga de todos los siglos... Virgen pensante pide para sí la lentitud de su propio pensamiento", J. Guitton, Paolo VI segreto, Ed. Paoline roma 1981, p 29-30

aporte de la siquiatria, la sicología y sicoterapia y nos deja con el perfil de la mujer más famosa y según él, muy desconocida, con una mujer que tenía su personalidad y una capacidad deslustradora. Estos principios utilizados por la madre de Jesús pueden aportar mucha luz a la educación moderna.

- a. María vivía su vida como *un compromiso con el riesgo*. La suya fue una historia sembrada de turbulencias y sorpresas. Todavía muy joven recibe una visita inesperada que cambia el rumbo de su existencia. Enfrentó con acierto constantemente situaciones nuevas.
- b. María era espontánea y rápida para reconocer la ayuda y el apoyo y para agradecer generosamente y era *atrevida para interpelar y actuar* de manera original y cambiar de dirección cuando era necesario. No se refugia en la pasividad. Sabiamente sabía valorar lo que tenía.
- c. María usaba *su intuición de mujer* para educar a Jesús y no se servía de ningún manual de instrucciones. Esa tarea fue para ella una gran aventura. Educa a Jesús para que sea autor de su propia historia y el gran conductor de la humanidad. Reacciona frente a los hechos de manera sorprendente y descubre inteligentemente lo que está entre bastidores. No le falta inspiración y creatividad para encontrar alternativas.
- d. María *educa a Jesús para ponerle al servicio de su pueblo*, de la sociedad en la que va a vivir; le educa para que trabaje apasionadamente por la humanidad a fin de que en ella haya paz y amor y se supere el individualismo y se alivien los males que la invaden.
- e. María, bendita entre todas las mujeres, tenía *una espiritualidad inteligente*; transformaba las informaciones que recibía en sabiduría; así lograba hacer crecer al Jesús niño en sabiduría y en gracia. El sueño del Magnificat revela toda la genialidad de María que le permite comprender a Jesús como el primer ser humano sin fronteras, un ser humano universal que abrazó lo diferente y se jugó por los que vivían al margen de la sociedad.
- f. María cuidaba *sus emociones y controlaba y protegía los afectos* de su hijo Jesús. Para ello trataba de comprender al otro, entregarse a él sin esperar recompensa por darse a los demás sin esperar mucho de ellos; sabía que nadie puede dar lo que no tiene y trataba de comprender a todos en lo más profundo de cada uno. Eso es cuidar el alma de cada uno y evitar las situaciones neuróticas.
- g. María estimulaba la sana ambición interior, la que lleva a *la creatividad y a la armonía interior*; la que estimula. Ello supone quitar los preconceptos, no dejarse secuestrar por el miedo, el orgullo, la autosuficiencia, la timidez o la pasividad y en fin, tener tranquilidad y tiempo para dedicarse a lo necesario.
- h. María aprendía y enseñaba el *arte de contemplar la naturaleza*. Son muchos los que viven superficialmente sus emociones. Le ayudaba ver crecer el grano de trigo, las viñas e incrementarse lo que era poco y pequeño. El ser humano es parte integrante de la naturaleza pero con frecuencia crece en un mundo artificial. Si no fija la atención en la naturaleza se queda en la superficie y fluctua constantemente. Quien contempla la naturaleza se desarrolla bien emocionalmente; es más estable y profundo.
- i. María estimulaba la inteligencia para delinear y montar *un proyecto de vida y cultivar una disciplina* para llevarlo a cabo. Sin proyecto de vida los jóvenes no tienen metas y los adultos no poseen alicientes. Los proyectos de vida no nos hacen héroes pero sí nos ponen en condiciones para sobrevivir y triunfar. Tener

conciencia de la grandeza de su pequeñez y humildad es el secreto de la verdadera fecundidad; hay que perder para ganar y hay que morir para resucitar. La buena madre con una mano hace cariños al hijo y con la otra transforma el mundo.

- j. María *contaba su vida* hecha de dificultades y de aciertos y la presentaba como el mejor presente e instrumento para la educación de su hijo. Así abría el libro de su vida a su hijo para que lo hallara interesante. Aunque haya excepciones, la educación moderna en su conjunto ha sido superficial, teórica, un poco inhumana y nada sabia. Nos prepara para dirigir empresas y ser eficientes pero no para hablar de nosotros mismos. El buen educador ayuda a llorar y a hablar de las propias lágrimas. El buen educador enseña a leer la propia vida; enseña a vivir. Esa historia estaba llena de gestos espontáneos y de situaciones límites.

En el fondo estamos ante una increíble historia de maduración en el amor. En esa historia hemos levantado 10 banderas que nos recuerdan que esos son los terrenos en los que tenemos que izar bandera y echar raíces los educadores del siglo XXI y así habrá buenos frutos.

IV. Reflexión apostólica: Dinamismo misionero de la enseñanza de María nos centra en tres dimensiones: la felicidad, la fidelidad y la fecundidad.

María nos ayuda a ser maestros y a enseñar como Ella. Es un punto de referencia para los educadores. *Hemos accedido en el apartado anterior al corazón mismo de la acción educativa de María y de su talante formativo.* No nos faltan ganas de que nuestra tarea educativa sea como la suya ya que tenemos un poco de experiencia de haber sido enseñados por Ella. *Ella educa en fidelidad, fecundidad y felicidad.* Tres realidades que todos necesitamos y que la cultura actual no logra cultivar y juntar bien; más bien, trata de separar.

Lucas, nos ha transmitido la única profecía que conocemos de María: "Mi alma engrandece al Señor..., porque ha mirado la humildad de su sierva: *por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada*" (Lc. 1,48). *Y feliz fue y es y causa de nuestra felicidad y de nuestra alegría.* La referencia a la humildad abre a la esperanza y a la felicidad. Por lo mismo, los datos más interesantes se encuentran en las dos bienaventuranzas de Lucas. El Magnificat, nos conduce directamente al motor de la pedagogía mariana. Allí encontramos inspiración y estímulo; ahí están los grandes contenidos de la enseñanza de María. *Allí hay fecundidad; todas las generaciones me llamarán bienaventurada. Y no falta la fidelidad y la felicidad.*

María, es "modelo de toda virtud"; tiene las grandes fuerzas o dinamismos que mueven a la persona al bien. Es punto de referencia para nuestras vidas; es, sobre todo, una mujer feliz porque está llena de gracia. El tema ha cruzado la literatura mariana a lo largo de los siglos. *María inspira los modos de vida de muchas personas que quieren ser como Ella.* Con San Luis Grignon de Montfort, el tema del "modelo", atribuido a San Agustín, se transforma en el "molde". En María se echan nuestras vidas para tomar la forma de Cristo para quedar marcadas por la fidelidad, la felicidad y fecundidad. "Es María un molde preparado por el Espíritu Santo" en el cual se formó Cristo y en el que estamos llamados a ser formados los cristianos. El Vaticano II ha decantado la misma temática y la propone en perspectiva pedagógica. Pablo VI diría que María es el "elemento cualificador... e intrínseco" de todo creyente (MC intr.). Ella marca con su impronta original. El modelo no actúa en forma automática. *Es preciso que el discípulo se someta a un proceso dinámico y activo que incluye la ascesis de la imitación y la mística del seguimiento.* Seguimos las huellas de una mujer fiel, fecunda y feliz.

En esa enseñanza cuenta mucho la capacidad de transmitir y multiplicar la felicidad, la fecundidad y la fidelidad que son vocación y gracia para enseñar con la mansedumbre y humildad que proceden del saber ser discípulos. Y esto se puede evocar, imitar y reproducir.

1. El que quiere hacer de maestro debe vivir y enseñar felicidad. Mirará a María que es feliz porque ha creído (Luc. 1,45)

¿Dónde reside la verdadera grandeza de María? En su capacidad de ser feliz y transmitir felicidad. Las personas grandes rezuman felicidad. Dos veces tan sólo figura el término "bienaventurada" en los evangelios. Las dos se deben a la pluma de Lucas. Las dos "Bienaventuranzas" apuntan al mismo sujeto: a la dignidad y a la grandeza de María. La primera "Bienaventuranza" brota de los labios de Isabel. Y se refiere a su pariente en forma explícita y directa: "Bienaventurada tú, porque has creído" (Lc. 1,45). No sólo levanta acta de la grandeza que corresponde a la Madre de su Señor, sino que apunta, en forma indiscutible, a la raíz misma de su dignidad materna: la fe.

María acepta sin pestañear esa bienaventuranza y el motivo que la respalda. Más aún: la hace suya, la transparenta, la comenta, la prolonga en su estupendo "magnificat", en el que desliza un verbo: "engrandecer"; único en los evangelios y en perfecta sintonía con el discurso de su prima. La otra bienaventuranza procede de una mujer del pueblo cuyo nombre desconocemos. Incapaz de reprimir su admiración al escuchar al Maestro, le lanza una alabanza encantadora: "Bienaventurado el seno que te llevó" (Lc. 11, 27), que es como decir: "Bendita sea tu Madre" o mejor aún, ¡qué feliz debe ser tu madre!. Cristo, sólo en apariencia, corrige la expresión. No la contradice, sino que la precisa y la completa. En el sentir de San Agustín habría dicho así: "Eso vale para mi Madre, la que ha sido proclamada bienaventurada y feliz, porque ha custodiado las palabras; no porque en ella el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros sino porque ha custodiado la palabra de Dios" (In. Jon 10,3).

María es feliz. Y lo es no ya por los motivos que podríamos imaginar si pensáramos en la mujercita ingenua¹¹. Ese no es su caso. *El motivo de su felicidad es su fe*. Porque si, como quería Cristo, son grandes los que aceptan la palabra y la ponen en práctica, no hay quien pueda parangonarse con María. Su acogida fue total y por eso como veremos más tarde su fecundidad plena. Sin duda, en la escuela de Cristo fué la más aventajada en abrirse a la palabra con docilidad y en llegar a la felicidad. Y fue precisamente en fuerza de esa recepción incondicional que fue destinada a ser Madre de Dios.

De hecho todo educador en la fe, en la verdad, en el bien que inspira su acción en María debería ser capaz de comenzar su tarea educativa con el canto del Magnificat. El Magnificat es el espejo del alma de María. *Ahí aparece María vacía de sí misma y poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre y desbordando felicidad*. María nos ayuda a ser felices. Enseña el camino de la felicidad; es también la tarea de todo hombre y mujer que enseñan y educan a los demás y que quieren transmitir la fe. Les toca formar a las personas en el camino de la felicidad y para ello tienen que ser felices y ser capaces de saber y poder compartir su felicidad.

2. María es madre, pone fecundidad; el educador engendra vida

¹¹ "En el Magnificat se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación como hoy se dice, sino que proclaman con Ella que Dios ensalza a los humildes, y si es el caso, derriba a los potentados de sus tronos" Juan Pablo II, Zapopán, 4, AAS 71 p 230

La fe es respuesta a la palabra. La fe respalda al mismo tiempo la maternidad y el magisterio de María. En la fe hay que individuar el motor que explica todo el dinamismo de la pedagogía mariana. El dinamismo de la fe se encamina hacia la caridad y hacia la vida; engendra caridad y multiplica la vida. Pone fecundidad. Se enseña y se transmite la fe para que la gente tenga vida y vida en abundancia. Pablo nos recuerda que es más importante el padre, el que engendra al evangelio, que el pedagogo (1 Cor 4,15). Pedagogos son muchos pero padres o madres en la fe, más bien, son pocos. La Iglesia de la Reforma al principio había hablado siempre de una Iglesia que amaestra y engendra en la fe. Después se “corrigió” y puso el acento sobre todo en su condición de “hija y discípula”. *Qué importante es en educación engendrar, poner vida, hacer nacer lo nuevo, hacer crecer y crecer, dar a luz y sin forces, multiplicar la vida.* No se debe dejar de lado la condición de “madre y maestra” o mejor aún, de maestra madre, de quien sabe transmitir vida, de quien es fecunda.

Efectivamente, existe una relación estrechísima entre la fe y la maternidad de María y de toda mujer fecunda y entre ésta y *el trabajo de educación que está hecho por gente que quiere poner fecundidad en su vida y en la de los demás.* María tiende a delinear una estructura perfecta que asegura una acogida digna, adecuada, al Verbo de Dios, a la palabra divina, a la vida. Cabe decir que, en virtud de ese privilegio excepcional, María era ya "ontológicamente" y desde el primer instante un "organismo de fe"; con su docilidad y su apertura total a la palabra de Dios. Era llena de gracia y de vida. En la Anunciación pudo María responder consciente y libremente a su vocación y ser, de hecho, lo que estaba llamada a ser. María, por su acto de fe sublime, acepta en el tiempo la palabra. *Y lo que fuera antes estructura de fe, pasa a ser fe personal, respuesta vital y recepción plena de la palabra, Hijo engendrado para la vida del mundo. María engendra vida; hace nacer de nuevo, suscita nuevos centros de vitalidad; es fecunda y nos invita a poner fecundidad en nuestra vida.*

María fue Madre feliz por la fe con la que se abrió plenamente a la palabra. Pero *la fe que nace de la escucha desata un dinamismo maravilloso, genera al creyente a la vida*. La fe produce filiación divina y hermandad humana: "A cuantos le recibieron les dió el poder de llegar a ser hijos de Dios, a aquéllos que creen en su nombre" (Jo. 1,12). Fue el Maestro quien explicó con parábolas el dinamismo generativo de la fe: "Salió un sembrador a sembrar" (Mt. 13,1 ss). Y ocurrieron las cosas más diversas. "Lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende y da fruto, uno ciento, otro sesenta, otro treinta" (Mt.13,23). Ahora bien, esa semilla que "es la palabra de Dios" (Lc.8,11), que es el Hijo de Dios, germina y crece y fructifica en espigas ... de hijos de Dios. Y sembrar y fecundar es lo que hace el educador y lo que le toca hacer al que transmite la verdad cristiana. El educador es sembrador y sembrar, plantar e ingeritar es su tarea. Ser fecundo es exigente y lo es pedir fecundidad. Lo que planta lo riega, lo cuida, lo poda, lo espera, lo endereza, la multiplica; acoge sus frutos maduros y los comparte. El buen educador sabe poner nombre a las expresiones de fecundidad de su vida y vive la felicidad de esa fecundidad.

María nos deja con un "suplemento de alma". Lo que la Iglesia hoy día necesita con mayor urgencia es que sus hijos recuperen por entero y en profundidad su identidad y se entreguen gozosos al anuncio misionero. Por demasiado tiempo se ha dado por descontado que para *ser cristiano* es suficiente nacer en un ambiente relacionado con la cultura cristiana. Sin embargo, no ha sido nunca tan actual como hoy la afirmación de Tertuliano quien, en el siglo segundo decía: cristiano *no se nace*, sino que se *llega* a ser. Por lo tanto alguien tiene que despertar el interés por Jesucristo y su evangelio, alguien nos tiene que engendrar a la fe.

María fue Madre, por su acogida a la palabra en su seno virginal. Pero la fe de María hizo en ella una Hija de Dios, *en virtud del dinamismo generativo de la fe*. María es Madre de Dios por la fe. Es hija de Dios por la fe. La realidad más profunda de María radica en su fe. Y la fe es perfectamente susceptible de imitación y de transmisión ya que se transforma en caridad. San Efrén nos recuerda que María fue todo escucha y nos la presenta atenta a la palabra. Palabra que viene del Ángel que está a su vera y pronunciando la palabra que penetra en el oído de María. Llega a su seno. Se hace fecunda y de su ombligo sale un hilito con el que teje el cuerpo de Cristo y lo ofrece al mundo. Así María es fecunda y hace fecunda toda su persona.

La tarea y profesión de educador puede dejar la existencia humana especialmente marcada por la fecundidad. *Le toca enseñar para engendrar vida y multiplicar la vida*. Esta intuición nos llega de María. No tiene ningún sentido enseñar para ahogar la vida y menos para matar la vida. La enseñanza buena multiplica el bien y lo hace crecer; es semilla y grano de mostaza, es campo bueno y fecundo. Podemos decir que la verdad puesta en labios "maternales", es decir, de alguien que tiene corazón contagia el bien y hace fecunda la vida.

3. El buen educador mira a María, fiel discípula del Señor, para enseñar fidelidad

En la escuela de Jesús y de María hay un entronque de fidelidad y discipulado; son realidades que se reclaman recíprocamente. Se reclaman mutuamente felicidad, fecundidad y fidelidad. Cabría pensar, en efecto, que María es, discípula porque es Hija, así como es maestra por ser Madre. Es cierto, pero no hay que perder de vista una recirculación maravillosa que gravita por entero en torno a la fe vivida y compartida por María.

La pastoral mariana, en tiempos de *inestabilidad cultural, de lo imprevisible*, -ha escrito oportunamente el Padre Joaquín Allende Luco- cuando el drama antropológico de nuestro tiempo, es el desplome y el raquitismo de los vínculos y, con ello, la disolución de las

culturas vigorosas y la proliferación del nihilismo con sus pobres hilachas de cultura, apunta a que -en personas y comunidades crezca un vínculo con la Madre de la Iglesia. El vínculo personal es un carisma por excelencia de la marianidad¹².

La fe asegura, en efecto a María un discipulado perfecto que dura hasta nuestros días ya que la llevó a optar por una forma de vida; y esa *forma nace de la buena comprensión de la fidelidad*. Y no otra cosa es la buena educación cristiana. Es un diálogo y una mayeútica de la fe que dura. El creyente que enseña al estilo de María evangeliza, convence y no tanto “adoctrina”. Sabe hacer de su enseñanza y de su testimonio un testimonio y una transmisión del contenido evangélico y el que es evangelizado permanece en el amor y perdura en la fe.

La fe respalda el discipulado de María, como acaece con la maternidad y la filiación de María. *De ella se aprende que para enseñar hay que ser discípulo y no conviene ser primero de fila; hay que ser fiel*. "Les exhorto, por tanto, en Cristo Jesús, a continuar mirando a María como modelo de la Iglesia, como el ejemplo más perfecto de discipulado de Cristo. Aprendan de ella a ser siempre fieles, a creer en el cumplimiento de la palabra de Dios en ustedes y a que nada es imposible a Dios" (Juan Pablo II, 1 enero 1987). Todo está dicho, con precisión maravillosa. María es Maestra en cuanto es discípula ejemplar, por razón de su fe y mujer fiel por ser creyente y fecunda; cuando enseña con su ejemplo fidelidad.

La consecuencia cae por su propio peso. Imitar a María no se reduce a zonas periféricas y a lo esporádico. Apunta al corazón; a guardar en el corazón. *Quien enseña la fe y los valores al estilo de María coloca la caridad en el centro de mensaje y ello es lo que hace posible la felicidad, fecundidad y fidelidad*. Su existencia es una existencia de dimensiones inconmensurables y esas dimensiones son tales "porque creyó". Ahí está la plataforma que buscábamos para la auténtica devoción mariana. La imitación reposa sobre la raíz misma de la realidad de María, es decir, en su doble vertiente: de maternidad y de magisterio. Es la fe de María, el modelo de nuestra vida cristiana. Esa fe que nos constituye hijos de Dios a la vez que en hijos de María.

El binomio Madre y Maestra nos proyecta en el corazón mismo de María y en nuestro corazón. Los dos términos convergen en la fidelidad, la fecundidad y la felicidad; ésta es la razón de ser de nuestra filiación divina y de nuestro discipulado cristiano. Sin olvidar que para ello hemos de ser hijos fieles de María, dóciles a sus amables lecciones de Madre. La imitación es posible y es obligada. "Lo que admiran en María, vívanlo en lo profundo de su ser" (San Agustín, Sermones 191,4).

"Toda su vida terrena -insiste Juan Pablo II- fue una "peregrinación de fe" (LG 8) y un acercamiento al evangelio. También ella, como nosotros, caminó en la sombra esperando las cosas que no se ven "... Esta mujer de fe, María de Nazareth, la Madre de Dios, nos ha sido dada como modelo de nuestra peregrinación de fe. *En María hemos de aprender a abandonarnos a la voluntad de Dios en todas las cosas. De María hemos de aprender a tener confianza incluso cuando toda esperanza parece esfumarse*. De María hemos de aprender a amar a Cristo, su Hijo e Hijo de Dios. Porque María no es solamente Madre de Dios, sino que es también Madre de la Iglesia" (Juan Pablo II, RM 37).

En resumen, hemos de imitarla en la tarea de educar y de educar en la fe porque tuvo fe y hemos de imitarla en la forma con que profesó fielmente su fe e hizo fecunda su vida. En la "Virgen fiel"

¹² J. Allende Luco, *Para que nuestra América viva*, Ed. Nueva Patris, Santiago de Chile, 2007, 63-64)

no son sus privilegios singulares, sino la fe que los respalda, el objeto propuesto a nuestra imitación. Y en esa imitación está el secreto de nuestra filiación y de nuestro discipulado. A la Iglesia la toca mirar a María para enseñar evangelizando; despertando fe en torno y multiplicando la esperanza. No es fácil que así sea. Para ello la fe tiene que ser algo instintivo. Sólo así se “provoca” fe.

Esto nos lleva a concluir que *nos toca pensar, vivir y transmitir la fe que lleva a la fidelidad, la fecundidad y la felicidad a través de María y presentarla a través de María*. Esto quiere decir, a su vez, que nos toca avanzar en la fe como lo hizo María (LG 33). Bien podemos afirmar que María es una presencia transversal en la presentación y en la vivencia del misterio cristiano. Nos “precede como figura y modelo” (RM 5). A través de María el creyente da su adhesión a Cristo Salvador¹³. La figura de María nos recuerda que entrar en el misterio cristiano significa ser amados por Dios y amar a Dios, pero ser amados por Dios significa Cristo y amar a Dios significa Espíritu Santo (D. Bonhoeffer). No hay duda que por la experiencia del Espíritu María reenvía al creyente a Cristo y de la fe le lleva a la caridad y de la caridad a la visión. *Esto nos exige repensar la fe y repensarla a través de María*. Esta doble tarea nos desafía al final de este milenio. María es la creyente que ha creído que al comienzo y al fin está el amor y que sólo en el amor de un corazón materno se revela el evangelio. Como maestra precede en el camino de fe y como madre acompaña. Con ella se hace una nueva propuesta de fe.

V. Conclusión

* Hemos visto que María es, en efecto, maestra, porque es madre; su estilo de formar es delicadamente materno. Y nos ha dejado ricas intuiciones. *Las palpitaciones de su corazón de Madre son las que siguen impulsando su cometido de educación de la fe de los creyentes*. De Ella nos llega consejo y buen consejo y por eso la llamamos “Madre del buen consejo” y así la invocamos en las letanías. María es la madre de Cristo a quien Isaías proféticamente llamó “consejero admirable” (Is. 9,5). Hay una sintonía perfecta en el binomio: Madre y Maestra. *El educador es un buen consejero*; el que da lo que tiene. La actitud de María es constantemente materna. Y es constantemente “educativa” nos inspira la palabra oportuna. La maternidad de María no sufre dualismos y tampoco sus mensajes que se encuentran en el corazón de quien nos escucha porque antes nos ha preguntado. Por ello, habla a Dios de los hombres y a los hombres de Dios. De hecho cuando comienza hablando de Dios termina hablando del hombre y cuando comienza hablando del hombre termina hablando de Dios y siempre cierra bien el círculo. Siempre y por exigencia de su corazón maternal. La enseñanza que de María viene, viene de una fe rica de memoria. Esta memoria ha sido y es radical ya que supone volver a las raíces, es decir, volver a Cristo. María en su enseñanza nos recuerda siempre a Jesús¹⁴.

* Es interesante rastrear las lecciones de la Maestra sobre la educación y la educación de la fe. Porque incluso *sus silencios son intensamente sonoros*. Y desde luego no hay que olvidarse de *dar órdenes*. Es importante subrayar el único imperativo salido de los labios de María y puntualmente recogido por Juan en su evangelio. Tras la gestión materna a favor de los novios, María se dirige a los ministros con una orden significativa: “Hagan lo que él les diga” (Jo. 2,5). Es curioso observar que, entre las poquísimas palabras del Padre consignadas en los evangelios,

¹³ Son cinco los aspectos de la fe de María que vienen a inspirar la nuestra: la fe de María es contacto constante con el misterio de Dios, es abandono sin reservas al Señor, es consagración total a la persona y a la obra de su Hijo, es camino y peregrinación de la fe, es oscuración, noche y kenosis (Cfr. St. de Fiore, La RM e la spiritualità mariana in Redentoris Mater, Contenuti e prospettive dottrinali e pastorali, Marianum, 1988, 67ss)

¹⁴ “También cada creyente se puede considerar como esposa del Verbo de Dios, madre y hermana de Cristo, virgen fecunda. Se dice en general de la Iglesia y en modo especial de la María, en particular para el alma fiel de la misma sabiduría de Dios que es el Verbo del Padre... En el tabernáculo del seno de María Cristo permaneció nueve meses, en el tabernáculo de la fe de la Iglesia hasta el fin del mundo, en el amor y la inteligencia del creyente hasta la eternidad” (Isaac de Estella, Discursos, PL 194, p 1862-65)

figura también un solo imperativo: "Este es el Hijo mio, el predilecto, en el cual tengo depositadas mis complacencias. Escúchenle" (Mt. 17,5). El Padre de Jesús y la Madre de Cristo convienen en la misma recomendación. Y lo hacen en forma imperativa: es cosa obligada *escuchar a Cristo; es necesario plegarse a lo que él nos diga*. El es la palabra; la palabra por antomasia y la palabra definitiva: Es el Verbo de Dios encarnado; el Hijo de Dios y el Hijo de María. En fin, María *guarda en el corazón para recordar y recuerda para revivir y actualizar*. La enseñanza de María está muy lejana de ser una enseñanza erudita, libresca, propia de los que dan lecciones¹⁵. Con Ella se aprende a *actualizar el pasado en el presente*. **El maestro recuerda y recomienda y ofrece una dirección; no deja en la imprecisión**. Nos hace entrar en la dinámica propia de la fe que es la que lleva a la resurrección.

* *María como Madre, todo su esfuerzo se cifra en conseguir que aprendamos de filiación y fraternidad; en obtener que seamos de verdad hermanos de Cristo*. "María, madre despierta en nosotros el corazón filial y fraterno en cada hombre" (Puebla 295). Vela por nosotros y vela por la Iglesia. Tiene un corazón tan amplio como el mundo entero; y para ese mundo engendra en la fe, transforma desde dentro, renueva la misma humanidad (EN 18). En ese parto que siempre se reitera María es nuestra madre. Sabemos que quien la encuentra encuentra la vida (Pro 8,34) y en la vida permanece ya que nos sostiene constantemente con su intercesión materna. Esa es, también, la función del buen educador; **es un gran comunicador, un reforzador de vínculos**. Como madre sabe que tiene que enseñar. Lo que ha oído y conocido la tiene que transmitir; las "grandes cosas" que ha visto las quiere compartir con sus "hijos e hijas" (Dt 4,5).

María ha escuchado el clamor de vida que surgía de nuestros pueblos cuando el anuncio del Evangelio sufría las contradicciones de la espada y de la conquista y se hizo peregrina de la fe, consoladora de los pobres, sanadora de heridas sangrantes y mundos destrozados. Alrededor de la madre se gestó la unidad entre los pueblos sin que hubiera vencidos ni vencedores. En América Latina la marianidad, en clave simbólica, tiene raíces en el mito fundante de la cultura, en el acontecimiento del Tepeyac, perpetuado en el icono del rostro mestizo de María de Guadalupe. Fue el Pentecostés de América, presidido por María y el humilde Juan Diego que abrió la efusión de los dones del Espíritu sobre nuestros pueblos. Este es el dato que desde Puebla en adelante forma parte de la comprensión más original y encarnada acerca de la misión de la Virgen:

* *Como Maestra, no abriga más que una sola ilusión: Que sepamos plegarnos con docilidad a lo que El nos dice*. Porque Cristo es el auténtico Maestro, del cual Ella es un sacramento. Nos deja mirando a Jesús y escuchándole¹⁶. El educador es **un escuchador atento**. Trae su mensaje, su presencia y su acción; y ella misma es fruto y signo de la misma. Y debemos afirmar con claridad: es un signo transparente, luminoso y materno. Por eso cuando la Iglesia en los diferentes momentos de su historia reelabora la presentación del mensaje de Jesús vuelve a María, la inspiración más cercana para aprender cómo ser discípulos y misioneros de Jesús. *El educador es misionero, espejo de Jesús y a él refleja*.

¹⁵ La mariología corre el peligro de convertirse en puro recuerdo de un pasado lejano, actualizado para la fe mediante la fatigosa investigación de las fuentes de la escritura y de la tradición. Nuestra Señora se transforma en una idea y un principio abstracto mediante el cual contruimos nuestro sistema histórico-salvífico. La resurrección y la asunción de María corrigen esta posible desviación. María sigue estando dentro del mundo y en el seno de la Iglesia con la presencia viva de un viviente... La relación de los fieles con ella no se lleva únicamente a cabo mediante el recuerdo de su persona y de su obra, sino alcanzando inmediatamente su persona viva y resucitada. Sólo a los puros de corazón les es dado entender cuán íntima, tierna, maternal y acogedora puede ser la relación con nuestra madre santísima" L.Boff, El rostro materno de Dios, Madrid, 1985, p 204

¹⁶ "Una vez más hay que decir que para el Claretiano no basta ser "devoto" de María; tiene que desarrollar una espiritualidad mariana. Significa que en María encuentra inspiración para la propia vida y las propias opciones; lee y aprende en Ella el Evangelio. Por Ella se aproxima más íntimamente a Jesús. Guiándose por Ella sabe traducir y anunciar en lenguaje más humano el misterio de Jesús. Con Ella practica sin complicaciones y con esperanza el peregrinar de los humildes de corazón... Con María recorre el propio itinerario de crecimiento y de identificación con Cristo" G. Alonso, Claretianos en formación, p 20s

* *Como Madre y Maestra nos enseña a amar lo que creemos y a creer lo que amamos.* Ella es modelo de vida evangélica que nos evoca Cristo y nos lleva a evocarle con nuestra vida. Por eso suplicamos al Padre y oramos. **El buen educador de la fe ama lo que cree.** Aparecida reconoce en la Virgen María ese hondo protagonismo materno al servicio de la formación de la Iglesia--familia, donde los discípulos se descubren más hermanos. El coraje de educar en la escuela de María se traduce en términos de proyecto concreto y de decisión de actuar la educación mariana como educación integral de la personalidad del discípulo. La madre plenamente madre, no sólo engendra personas, sino que educa personalidades. María es la educadora de nuestra madurez humana y de nuestra santificación:

Como en la familia humana, la Iglesia-familia se genera en torno a una madre, quien confiere "alma" y ternura a la convivencia familiar; María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión. Uno de los eventos fundamentales de la Iglesia es cuando el "sí" brotó de María. Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos (DA 268).

* Se puede afirmar que el rasgo pedagógico que Aparecida privilegia es el de María como educada por Cristo y educadora de Cristo y de los cristianos. Educar teniendo presente su ejemplaridad significa descubrir la misión de aquella continua generación que se realiza como acogida y acompañamiento en la vida (DA 58). **El educador es un animador nato; pone vida a la vida;** desecha la mediocridad. El ser cristiano ofrece al proceso educativo las metas más altas a las que puede llegar, por medio de desarrollo libre de la fe y de la obediencia al designio del Padre, como sucedió en María desde el momento de la anunciación hasta el Calvario, donde el don de sí la llevó a expropiarse de sus más íntimas exigencias de madre en favor de una maternidad universal para la vida plena de cada hombre y de cada mujer. Todo educador, movido por la experiencia de fe de siglos ve una ayuda poderosa en María, la mujer nueva, la madre y maestra que junto a Cristo puede conducirnos a los hombres a la plena realización. María maestra y educadora por excelencia: camino de Dios hacia el hombre y del hombre hacia Dios es por eso metodología de la educación cristiana, no en el sentido teórico, sino en el sentido de excelencia y de paradigma universal. En Aparecida se instaura una nueva *paideia*, *crístocéntrica*: "Haced lo que Él os diga" (Jn 2,5); donde el amor es reconocido como regla suprema de toda relación humana. Por ser madre y maestra María es lugar del encuentro entre Dios y el hombre, el modelo de toda creatura que reconoce el absoluto/Dios y cree en Él y en su palabra. En María se realiza el encuentro paradigmático de la criatura abierta a la trascendencia y modelo de todo discípulo y del hacerse discípulo.

Dejémos a María ahora entrar en nuestro colegio, en nuestras salas de clase y lugares de reunión y ahí se quede. Que esté presente, que hable y que actúe. Tiene que ser un personaje importante en un colegio cristiano y ser la primera, junto con Jesús, entre las personas influyentes en nuestras comunidades educativas y convertirse en la rectora "virtual" de los mismos. Sus palabras, su presencia, su rostro, su acción misteriosa debe marcar todo y dar ritmo a la vida del Colegio cristiano. María no tiene que faltar a clase. Está bien que se hable de Santa Rosa de Lima, Gandi, Dante, Vargas Llosa, de Teresa de Calcuta... Mucho más se tiene que hablar de María. Esta especial presencia de María cambia el ambiente de un centro educativo; lo llena de vida y de entusiasmo. Que acertemos a transmitirnos esa presencia viva. Así, hasta los resultados en los estudios serán mejores. Nuestra vida no será sólo un vaso para llenar sino una lámpara por encender. Así un colegio cristiano se tendría que convertir en un cierto modo en **un santuario mariano**. Ese espacio físico puede ser el contenedor de una actividad educativa marcada por la calidad y la equidad y el icono del seno materno en el que poco a poco los integrantes del colegio

sentirán nacer y formarse el discípulo de Jesucristo y el misionero que la Iglesia espera para el nuevo milenio¹⁷.

Al menos invitémosla a **una visita** a nuestro Colegio y que nos deje la evaluación del mismo. Visita comparable con el acontecimiento de la Visitación que ella hizo a Isabel; momento de efusión del Espíritu y primordial Pentecostés. Cada acción, cada palabra de aquel evento bíblico salvífico tuvo su fuente en la gracia del Espíritu. Del Espíritu trajo origen la prisa con la que María realizó su viaje (cf. Lc 1,39); del Espíritu procedió el sobresalto de gozo de Juan aún en el seno de su madre (cf. Lc 1,40-44) y el saludo de bendición de Isabel a María; del Espíritu vino la luz que permitió a la esposa de Zacarías reconocer en la esposa de José a la madre *del* Señor (cf. Lc 1,43), a Juan advertir la presencia del Mesías; del Espíritu procedió la gracia que santificó al profeta y el cántico que brota del corazón de la Virgen (cf. Lc 1,46-55) No lo dudemos, María nos dejará el espíritu de verdad y de fuerza, como recuerdo de su visita.

Que ella **visite también este encuentro** y así quedaremos con el espíritu de María y no nos faltará la lucidez y la audacia, el vigor y la ternura que nos deja su nombre, su presencia, su mensaje y su acción maternal.

*Padre, asiste a estos educadores en el camino de la vida
Y por la intercesión y presencia de María, Madre y maestra,
Haz que con alegría y generosidad enseñen para educar
Y eduquen para formar en la fe.
Amén.*

¹⁷ María, Madre de Jesucristo y de sus discípulos, ha estado muy cerca de nosotros, nos ha acogido, ha cuidado nuestras personas y trabajos, cobijándonos, como a Juan Diego y a nuestros pueblos, en el pliegue de su manto, bajo su maternal protección. Le hemos pedido, como madre, perfecta discípula y pedagoga de la evangelización, que nos enseñe a ser hijos en su Hijo y a hacer lo que Él nos diga(cf. Jn 2,5)¹⁷.